

DEL APELLIDO «LABORDE» Y DE LOS LABORDES ESPAÑOLES

CON motivo de la «Charla» Académica acerca del Conde Alexandre de Laborde, se aportaron por los académicos señores Castañeda, Marqués del Saltillo, García Gómez y Angulo, algunos datos interesantes sobre personajes y antecedentes de los Labordes españoles, algunos de los cuales se van a reproducir aquí.

Les precederá una nota mía, de la cual hablé en las sesiones en las que tratara personalmente del hispanista magnánimo, pues fué precisamente por consecuencia de ella por lo que en sesiones subsiguientes me favorecieron con su erudición los señores García Gómez, Angulo, Castañeda y el Marqués del Saltillo.

I

UNA NOTA SOBRE EL APELLIDO LABORDE

En España existe el apellido. Al menos lo conocemos en composición: en Valencia, y en la política conservadora de mi tiempo, figuraban conmigo los hermanos «Maestre y Laborde o Laborde-Bois», uno de ellos con título de Marqués, el de Salvatierra de Alava. Debería de venir del «Laborde»

pueblo francés, fronterizo el tal apellido, pues no es verosímil que tuviera su origen en la frase fea que en aragonés o en castellano, o en catalán, significaría (la borde o la borda) la hija ilegítima, o la expósita.

En el caso del tema nuestro y refiriéndose al siglo XVIII, y aun al XIX, lo mismo entre nosotros pudo decirse, como equivalentes, «Laborde» y «Laborda», castellanizándose más la frase.

Por tal idea, he querido averiguar si en la misma provincia de Huesca los «Laborda» puedan ser de la familia del banquero, nacido en Jaca, y de los arqueólogos, su hijo y su nieto. Y recaí en la idea de la averiguación, ante un texto, inusitado en los libros de un escritor muy parco en personales espontaneidades, y referente a un aragonés «Laborda», Obispo de Palencia, y coetáneo del hispanista francés.

«Inusitado», digo, pues don José María de Quadrado, en su *Valladolid, Palencia y Zamora*, de la gran serie de *Recuerdos y Bellezas de España*, que en la 2ª edición (Cortezo) se llamara *España: sus Monumentos y Artes, su Naturaleza e Historia*, se permitió (a la p. 447-8) una digresión, rebosando de su corazón un recuerdo personal: «Resta ya sólo visitar en Palencia (dice) el palacio episcopal... Perdónesenos si concedemos algo, una vez siquiera, a las emociones y afectos personales que constantemente hemos sofocado en el prolijo curso de la obra; porque, ¿cómo no recordar la cariñosa hospitalidad que allí recibimos? ¿Cómo olvidar las sabrosas pláticas con el venerable anciano que entonces lo habitaba, y la acerba despedida, presagio de perpetua separación y de próxima muerte? Muchas veces, al coordinar en el silencio de la noche las impresiones del día, al trazar rápidamente los apuntes para [la primera edición de] nuestro libro, nos asaltó la triste idea de que sus ojos ya no habían de recorrer estas páginas, que no había de gozar de la satisfacción de ver descrita por su querido amigo a su querida

Palencia; y este presentimiento se habría cumplido aún cuando, en vez de años, sólo hubieran mediado meses, porque a los cinco falleció. Vaya, pues, unido a las mismas páginas, si alguna duración han de alcanzar, el nombre de don Carlos Laborda, que también sus virtudes son recuerdos, también sus acciones un monumento para la diócesis; y despedámonos con él en los labios y el luto en el corazón, como años atrás, de la ciudad que su residencia nos hizo tan preciosa.» Tan inesperado sentido texto, lo tenía yo en la memoria, por inusitado y por valioso; y al haber de hablar de los Laborde, me vino a las mientes, y ahora a la pluma. Y ya consulté otro texto en nota, 24 pp. antes (en la 424), en la cual, y en el texto (en la misma página de la llamada), se exalta el venerable recuerdo de don Carlos Laborda, ante el sepulcro del mismo, también con palabras (castellanas) incomparables, y a la vez con la letra (latina) de su sepulcro, de no menos de cinco dísticos (cinco exámetros y cinco pentámetros latinos), que el mismo Quadrado dictó. Y no pára aquí la nota excepcional del escritor, sino que en ella alude a otros laudes suyos al Obispo Laborda, en el tomo suyo *Aragón*, de la misma serie (en las dos ediciones), al pasar en la provincia de Huesca, el escritor, por el pequeño pueblo patria del santo prelado Laborda, el de Barbuñales: saco las fechas (del tal epitafio), que nos dicen que murió en 1853, de sesenta y nueve años, lo que nos lleva a cifrar su nacimiento en 1783-84: es decir, diez años más tarde de cuando en París naciera el hispanófilo Alejandro de Laborde; y naciendo en Aragón, alto Aragón, como el banquero Laborde, ambos en la provincia de Aragón, la de Huesca (después, como tal provincia, creada).

Mi porfía de averiguación la levantó el caso de ser Barbuñales el lugar donde siempre veraneaba mi queridísimo amigo y colega de cátedras, señor Jordán de Urricés (don José); y como un hijo de hermano (que también fué grande amigo mío, don Luis), asiste a mis cursos de conferencias

del Museo del Prado, quise que se hiciera estudio, especialmente de la grafía Laborda o Laborde (bien intercambiables); y don Juan Jordán de Urries (el hijo de don Luis, el del Cuerpo Jurídico Militar, graduación de General, ya también fallecido) me escribió desde San Sebastián la información que le daba para mí su primo don Pablo (hijo del Catedrático): «En la casa natal [del Obispo], que aún sigue llamándose «casa Laborda», propiedad de los descendientes... labradores, no se conserva del Obispo sino un buen retrato, bastante deteriorado... Ni un papel, ni un libro; que los conservaban traídos de Ayerbe, donde otra persona de la casa fué cura; se destruyeron en esta revolución.» — «El Archivo parroquial también pereció, salvándose únicamente el Libro Registro, que comprende los años de 1698 a 1765. Examinado, resulta contener diversas actas con el apellido Laborda, la más antigua, de 19 marzo 1716, del matrimonio de... Clara Laborda, natural de este lugar e hija de Jerónimo...» «Ese apellido, en esa misma forma, es hoy corriente en la provincia, y en [la misma] Huesca hay varios que se apellidan así.»

Y ahora me pregunto yo... ¿el banquero de Luis XV, nacido en Jaca, sería un Laborda (con *a*), que al afrancesamiento, y para evitar el trastrueque del acento en Labordá, lo afrancesaría con la *e* muda, para de tal manera conservar el acento en la *o*?...

Pero en esta mi porfía de querer adivinar, ¡que no, saber!, si la estirpe de los Laborde era arraigadamente española o no, debo añadir la también idea de si procedería el apellido del nombre de la comarca llamada Labourdan, la tierra vascongada de allende el Pirineo occidental, lindante con España, cuya capital es la ciudad de Bayona, cuyo nombre «latino» fué «Lapurdúm». Yo no lo creo; pero en Bayona se estableció nuestro Laborde, hijo de Jaca, el después banquero del Rey de Francia.

ELÍAS TORMO.